








ENHEBRADAS



Lydia Masanet

ENHEBRADAS





Primera edición: septiembre 2020

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Lydia Masanet

ISBN: 978-84-18366-88-8

ISBN digital: 978-84-18366-89-5

Depósito legal: M-22873-2020

Editorial Adarve


c/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España



*A todas las mujeres que ya he
tenido la suerte de conocer.
A mi madre y mi hija Ariadna.*



Índice


1. Sole.....	11
2. Amigas de siempre.....	19
3. ¿Y ahora qué?	27
4. Rose.....	39
5. Ser madre	61
6. Muñecas con vestidos de tenis.....	77
7. Jane versus Jane.....	83
8. Y ya no son niñas.....	89
9. Madre e hija	95
10. Enemigas. Guárdate las espaldas.....	113
11. Acoso.....	129
12. De nuevo Rose.....	137
13. Envejecer sola.....	159
14. Lazos de sangre/ <i>Blood thicker than water</i>	169
15. La amistad que burla al tiempo.....	185
16. La otra	199
17. La recta final, imprevista.....	217
18. ¿Puede decirme alguien dónde estoy?	229





1. Sole

Dieciséis de abril. Hoy cumple ochenta y cinco años y no puede saberlo. Siempre había detestado su nombre. ¿Cómo se le había ocurrido a su madre ponerle este nombre?, me había comentado muchas veces. Un nombre elegido al azar, quizá la abuela pensó que era un nombre clásico, incluso literario. No pensó en las consecuencias, en el poder agazapado que conlleva un nombre. Soledad. Una maldición. Su cumpleaños y su santo caían en Semana Santa, en viernes santo. Al menos la familia podía reunirse y celebrar un nombre que moldearía quién iba a ser. Debajo del árbol en el jardín, sentada en una silla de ruedas bajo el enorme roble, mirando al vacío, se veía tan pequeña ahora. Siempre había llevado su pelo impecablemente cortado y teñido, su obsesión. Se hacía moldeados que luchaban contra la textura de su pelo natural, tan fino, tan liso. «Ya le toca el moldeado, señora Sole», le decía Ana, este jueves, a las tres semanas justas de habérselo cortado. Y ella sonreía mirándose al espejo. Su vida giraba alrededor de los jueves que circulaban en el calendario colgado detrás de

la puerta de la cocina. «Me quedan dos jueves más». Estudiaba si le empezaban a salir las canas como un rictus adquirido con el tiempo... Ahora lo llevaba corto como un chico, liso, aún caoba, ocultando las canas que tenía desde los treinta años. Ya no se lo retocaba con sus rápidas manos. Sus manos yacían en su regazo. Miraba sin mirar, sin molestar. El pelo parecía ahora aplastado en su cabeza. Sin volumen, sin corte. Ya no importaba. La enfermera ya le había dado las pastillas de la mañana, ya la habían arreglado con uno de los dos valiosos vestidos que tenía ahora. Ni siquiera luchaba ya con la ropa, falta de su coquetería. Llevaba el que le compré hace dos años. Estampado en azul y blanco y el otro con tonos verdes, «de licra muy fresquito para el verano, lavar y poner, los únicos que quedan de rebajas», me dijo aquel verano la vendedora. Parecía que le habían gustado. La vestía y no oponía resistencia. «Por aquí el brazo, mamá», y me lo daba. «Muy bien, te queda muy bien». Unos minutos antes había dicho que no a los zapatos cómodos, los únicos que podía llevar ahora. «No, estos no», refunfuñaba como la niña que volvía a ser. «Vestirla es un número», decía mi padre desde el pasillo. Cuando regresara a Estados Unidos, sería lo único mío que la acompañaría. No lo rechazaba como a todo lo demás. No se enfurecía, como cuando se le daba otra cosa para ponerse, como si supiera que su hija mayor, a la que no veía y a la cual ya no podía hablar ahora por teléfono, se los hubiera comprado. Pero no podía saberlo.



No bebió champán en su cumpleaños ochenta y cuatro, uno de los pocos placeres que tenía cuando las burbujas se le subían y reía —un poco— cambiando una vida plagada por la rutina y la infelicidad. Su santo se celebraba por todo lo alto. Sus hermanos vendrían a verla hoy y la casa tenía que estar perfecta, como siempre. Las pastas de la pastelería y las copas de champán de vidrio tallado estarían esperando a los comensales sobre un mantel de lino con bordados, comprado en uno de sus viajes a Andorra, que sacaba para las ocasiones especiales. Sin arrugas. Lo había planchado temprano en la mañana, pasando la plancha cargada con vapor una y otra vez. ¿Quiénes vendrían? Los de siempre. Casi todos, como cada año porque era un día que no se olvidaba, día de procesiones en la tele, día sobrio, día triste, día para meditar, para ir a misa si eras devoto. Día para deprimirte, si no lo eras.




Venía cruzando la calle del brazo de mi padre. De la peluquería; era jueves. Me había preparado para esto. Llevaba dos años preparándome, ensayando. Se dejaba arrastrar. La veía desde el balcón caminado lentamente, paso a paso, sin equilibrio, dejándose llevar por el hombre que la había hecho tan infeliz toda su vida. Cuarenta años juntos, sufriendo, agrandando su rencor, presos, atados por un vínculo que no sabían o que no podían romper, adictos al dolor que se hacían, cada día, año tras año, obligándola a retirarse a su mundo interior, agrandando su espacio en soledad. Cuando éramos pequeñas, todo lo llevaba guardado en su corazón, en silencio, llo-


rando por las noches en su silla favorita, cuando nadie podía escucharla, de cara al balcón. Yo sí la escuchaba desde mi cama, a veces. Cuando crecimos, le hablaba a él con furia, con un odio visceral que ya no disimulaba, con una rabia incontrolable que quizá ya eran síntomas de algo que no entendíamos aún. Sus cambios de humor podían ser señales de la tormenta que se avecinaba en su cerebro donde, una a una, las conexiones de las neuronas irían apagándose, enredándose en una maraña de redes proliferantes, «exceso de proteína en el cerebro», un diagnóstico fácil de explicar, pero una vida más que se inclina hacia un acantilado, palabra mortal, sentencia a muerte: alzhéimer.

Desde el balcón la vi, avanzaba, la reconocía, pequeña, frágil, su pelo corto recién peinado, sus gafas, sin poder contenerme bajé corriendo las escaleras. No sabía si me reconocería. La incertidumbre me agobiaba. La abracé mientras mi padre repetía mi nombre por si ella no lo hubiera entendido. «Ya te dije que vendría hoy...» Solo pude romper a llorar impotente, aunque había luchado tanto por no hacerlo, por no asustarla, por no confundirla más aún con toda la tristeza y la frustración de haberla perdido, de haberla recuperado. «No llores, tonta, te has emocionado», me dijo. «¿Por qué te has emocionado?» Su voz, sí, era mi madre.

Subimos con el ascensor. Me miraba con esos ojos redondos, sin pestañas. Me miraba. Me daba la mano. No sabía bien si me conocía. Le dije de nuevo que vivía lejos sin entender aún que en su mundo no había distancias, ni



espacios, ni tiempo pasado y presente. Toda información se superponía en la oscuridad, excepto cuando se producían —de repente— pequeños flashes de luz, y de nuevo retorno a la oscuridad, como una estrella fugaz que brillaba por unos minutos y luego, se apagaba dejando la sensación de euforia y tristeza a la vez. Y el efecto seguía en mí. «Tu hija es muy guapa», me dijo sentada en el sillón mirando a Dina. ¿Triunfo? ¿Me había reconocido! ¿Sabía quién era! Sí, triunfo. ¿Cuándo fue la última vez que hablé con ella por teléfono? ¿Cuándo fue? ¿Cómo no pude intuir que aquella sería la última conversación que tendría con mi madre? De haberlo sabido le hubiera hablado más de su vida, hubiera intentado transportarla a las memorias felices, nuestros veranos en la Costa Brava, su hermana Isabel a la que había perdido en tres meses, su mejor amiga, su único apoyo, la única persona en la que confiaba, le habría dicho que la quería, aunque no usábamos estas palabras en mi familia. «Los hechos son los que cuentan, hija, no las palabras que se las lleva el viento», decía ella siempre. Pero se lo habría dicho. Si lo hubiera sabido. Hubiera grabado en mi memoria cada cambio en su tono de voz, cada respuesta. Hubiera sido especial. Aquella tarde hablamos de los niños, de mis problemas, como siempre. Me escuchó, me dijo que tuviera paciencia. Sí parecía que le costaba seguir la conversación, pero sin duda, estaba allí, al otro lado. Sus palabras me calmaban, me daban fuerza. No sabía que ella nunca más sería así. Que sería la última vez que tendría coherencia en sus frases. Aún no había Skype ni FaceTime, y mis padres





pertenecían a la generación para quienes la tecnología no era una ventaja, sino algo temible. Cuándo fue el día en que ya mi padre tuvo que hablar por ella. «Soy yo, mamá», repetía yo una y otra vez con el silencio por respuesta al otro lado de la línea. «¿Sí? No escucho...», le dijo a mi padre con un hilo de voz, pasándole el teléfono. La próxima vez ya no quiso atenderme. La perdí en pocas semanas. Dejé de tenerla en mi vida al no poder escuchar su voz. El vacío empezó en mí, entonces. Y no podía hacer nada.

Cuando vino aquellas Navidades, los niños eran pequeños, aún iban a la escuela católica. La Nochevieja era un día especial y la misa del gallo algo que quería compartir con ellos y con mi madre. Toda la tarde intenté convencerla. «No, no puedo salir para que me vean con este pelo». «Mamá, lo llevas bien, te lo hiciste la semana pasada, nadie te conoce, lo haces por nosotros, por los niños que se alegrarán de tenerte». Pasé horas intentando que cambiara de opinión. Su tozudez, su terquedad irracional no la cuestionábamos. Mi padre diría algo como «Bueno, ya sabes cómo es cuando se le mete algo en la cabeza», pero no era eso. La reiteración de conductas obsesivas y absurdas eran señales que no supimos leer. Además, por años mi madre sufrió de depresión, una enfermedad tabú como todas las enfermedades mentales. Y también insomnio, lo que se conoce ahora como uno de los síntomas conectado a esa inhumana enfermedad. De joven, cuando nacimos, tomaba pastillas para dormir, Valium, subiendo la dosis de dos a tres pastillas o no podía conciliar el sueño. El médico de cabecera, su amigo

y consejero, se las recetaba sin decirle que eran adictivas. Hasta que su cuerpo se acostumbró y dejaron de hacerle efecto. Al no descansar, se levantaba siempre de mal humor, haciendo ruido en la cocina, su dominio, despertándonos muy temprano... Depresión era un diagnóstico que no se realizaba en aquellos tiempos. No sé cuántas veces traté de convencerles, a los dos, de que la llevaran a un sicólogo. De hecho, lo intenté yo misma, en uno de los años en los que estaba allí, y su reacción fue de horror porque había pensado que estaba loca. «¡Me ofendes!», me gritó. Creo que al final del verano les convencí de que no perdían nada por probar. Fue a ver a alguien y quiero recordar que se tomó las pastillas antidepresivas por una semana. «No me hacen nada, son engañabobos», me dijo por teléfono. Y lo dejé así. Tenía que haber insistido. Con antidepresivos su vida habría ganado en calidad; le hubiera podido dar la paz que se merecía, hasta llegar al momento en que el abismo se la tragaría.

Ellos habrán ido a verla hoy, le habrán llevado un precioso ramo de flores, mientras esperan a que la saquen con la silla de ruedas y la lleven a la sombra, debajo del árbol con hojas... Yo solo puedo soñar con esa mujer que dio todo por nosotras, que nunca pidió nada, y escribir y recordar e intentar vencer la imposibilidad de los hechos y pensar que existe una conexión más allá del espacio virtual, de las seis horas de diferencia, de no saber en qué residencia la tienen ahora; una conexión que tiene que existir si piensas intensamente en alguien. Quiero creer en el poder del cerebro que me ayudará hoy... Ella



le trae flores, le da un beso. Yo pienso en ella con toda la fuerza de la que soy capaz. Desde aquí. Mamá me siente, tiene que sentirme. Sonríe. No por las flores. La enfermera le dice a mi hermana que hoy ha tenido un muy buen día, que parece contenta.

Cuando Dina viene en el descanso de Navidad, noto en la muñeca, bajo la manga del jersey, algo que no estaba antes allí, pequeño, en tinta azul, con una caligrafía elaborada. Leo: «Sole».

2. Amigas de siempre

Cada dos veranos iba a verla. La sorprendía en la tienda. No le decía cuándo llegaría porque sabía dónde encontrarla. Lo había hecho desde que los niños eran pequeños. Les explicaba que, precisamente, en esa calle peatonal, había pasado muchas horas cuando era joven, subiendo y bajando, yendo a la Rambla y Rambla arriba, Rambla abajo. Era tan bajita que no se distinguía entre los niños que zumbaban por la tienda, con sus bolsitas transparentes decidiendo que chuches iban a ser suyos aquel día. Todos hablaban y reían a la vez, como si el azúcar de las golosinas de todo tipo y color, en los contenedores transparentes que llenaban las paredes, se inyectaran en sus venas solo con desearlas. Se acercaban a ella revoloteando sin respetar la fila, mientras mi amiga de la infancia, con su voz alegre y cariñosa, los iba despachando, con paciencia, divertida de que estuvieran en su guarida mágica, piruletas, caramelos de todo tipo, regaliz negra, roja, chokolatinas, pipas, incluso sidral... Ella se giraba, me veía, y sonreía sorprendida. Esperaba a que se fueran los críos para darme un abrazo. Los años pasaban,

nuevas tiendas se cerraban y se abrían en la famosa zona peatonal, caras completamente desconocidas, mezcla de otras etnias ahora, impensable en nuestra juventud, pero su sonrisa tan blanca, tan perfecta era siempre la misma que me acogía. «Pero, nena, que fas per aquí una altra vegada», decía jovial. Y luego empezaba a abrazar a mis hijos comparándose ella con lo alto que estaban; siempre el mismo ritual. Ellos crecían, pero Marina no, se quedaba en su metro y 48 centímetros. No recuerdo que hiciera nunca comentarios de que estaba acomplejada. Ni que se molestara por insultos de «enanita» o «bajita», o «el culo te toca al suelo», lanzados por los otros niños en la escuela. Asumía su talla sin cuestionarla. Era parte de ser especial. De hecho, cuando salió por un tiempo con uno de mis vecinos, un chico muy alto y grande, sobrado de peso, parecían el antes y el después. La gente se reía cuando los veía caminando abrazados, notando su rara unión de cuerpos en contraste. Ellos continuaban indiferentes, como si las miradas y susurros no fueran con ellos. Y seguía sonriendo mientras sus ojos verdosos, felinos, pronunciadamente rasgados, destellaban.

Volver era el viaje a la niñez, literalmente. Me encantaba escuchar a Marina que me ponía al día, que guardaba la llave al pasaje de vuelta; pasear por la Rambla, que como siempre desteñía una luz reflejada por el mar, en la segunda línea después de la vía del tren, aquel mar testimonio de mi adolescencia. Andar por allí reconociendo las palmeras, los edificios embellecidos ahora con sus fachadas recién pintadas, reconocer algunas, pocas,

caras, me acogía, sentía que me iba calentando por dentro, cargando las pilas de mi distanciada alma. Estaba en casa. Percibía paz. En cambio, a los dieciocho años lo único que quería era irme de allí, huir de las mismas calles que tenía tan trilladas, del mismo grupo de amigos, las mismas paradas en los mismos bares, sentados jugando cartas en las mesas de la Rambla, en el Fillol o el Bar Rami, que ya no existían ahora. Siempre lo mismo, un tedio absoluto. Y los jueves al Titus, la única discoteca a la que íbamos cuando ya teníamos la edad de estar en el instituto, no antes. Marina y yo nos conocíamos desde que teníamos cinco años en el parvulario. Continuamos todo el grupo, veinte, hasta el instituto, forzosamente unidos en la EGB más el BUP. Doce años juntos, hasta que ya en las puertas del bachillerato algunos se dispersaron con la elección de clases.

Marina no era buena estudiante. No le gustaba ninguna asignatura. Suspendía y no le importaba nada, se reía de sus notas. A Sara, sí. Se agobiaba por tener buenas notas. Le gustaban las ciencias. Quería ser bióloga y estudiar los océanos como el francés Jacques Cousteau, su ídolo.


Y aún seguían casi todos conectados con una cuenta de grupo en WhatsApp. Cincuenta años juntos, organizando cenas o comidas cada dos o tres meses que se turnaban en varios sitios, normalmente en la granja de Carmen o en la casa estudio de Nuria, que vivía en el centro. Era como si crecer juntos hubiera creado unos lazos indestructibles entre ellos. Se querían, formaban parte de sus vidas. En los 80 no pasaba nada si dejabas de estudiar,

no como hoy en día donde todo el mundo se ve forzado a ir a la universidad; lo que produce una educación masificada, clases abarrotadas en cualquier universidad, listas de espera, seiscientos estudiantes en una clase y no solo en las clases obligatorias de ciencias. Incluso, en una clase introductoria de sociología en una universidad pública americana, debido al número masivo de estudiantes, usan un sistema de control remoto en mano, clics, para responder a minipruebas que se corrigen automáticamente, por computadora, en clase. Mantenemos un sistema educativo caduco que premia la memorización, lo que aventaja a un determinado tipo de estudiantes suprimiendo el análisis, la creatividad, la practicidad, el trabajo en equipo, estrategias todas ellas básicas para incorporarse al mundo del trabajo.


A los dieciocho años, Sara necesitaba huir de las caras que reconocía en donde estuviera, en la calle, en las tiendas, en el autobús. Ansiaba el anonimato, salir del espacio que la iba oprimiendo un poco más, año tras año. Quería liberarse y romper con todo lo que constituía su rutina, buscando sentir experiencias nuevas que debían estar en algún sitio, no solo en los mundos ficticios sobre los que leía, pero que estaba segura, no se encontraban en su ciudad catalana costera natal.

Y se fue. Y terminó su doctorado en literatura en una prestigiosa universidad californiana.


Pero Marina se quedó. No traicionó sus orígenes como Sara. No necesitó nada más. Continuó perteneciendo al entramado del tapiz de aquel sitio que las formó. Su



vida transcurría sin grandes retos, del trabajo a casa, saludando a todo el mundo que la conocía, prácticamente cualquier persona que caminara en una dirección u otra. Se paraba a hablar con los pequeños, con las madres que no iban apuradas, con las viejitas que le preguntaban por la salud de su madre, siempre con su sonrisa, siempre con calma, siempre contenta. Conectar con todo el mundo le salía de forma natural. Desde que era niña. No había necesitado un master en marketing, ni una pasantía de formación en una empresa importante. Solo sus ganas de trabajar y su personalidad empática.



Había vivido siempre con su madre en el centro de la ciudad y en la misma calle donde trabajaba. Se casó con un vasco del que se enamoró perdidamente, pero regresó pronto cuando se acabó su matrimonio, con su hijo de pocos años como prueba de aquellos años difíciles. Borró por completo esa parte dolorosa de su vida y crió a su hijo con la ayuda de su madre, y en especial la de su hermano mayor. Marina se llevaba muchos años de diferencia con ellos. El pequeño le llevaba trece años. Eran como sus padres, que por edad podían haberlo sido. En cualquier café, cuando hablaban y le decía que ganaba 500 euros al mes, a Sara le parecía imposible, casi indecente cuando lo comparaba con lo que ganaba ella. Pero Marina no tenía hipoteca que pagar, ni coche, ni gasolina, ni la comida que le pagaba a su madre anciana con una buena pensión de viudedad, ni le sacaban cada mes 400 dólares en seguro médico familiar como a la americana, a ella, Sara, «Sarita..., qué contenta estoy de verte». Marina



no terminó los estudios de bachillerato y siempre supo que su talento en relacionarse con la gente, la pondría de cara al público.

Fuimos madres al mismo tiempo, con unos meses de diferencia. Su hijo, al que adoraba, era todo su mundo, en el que había volcado su existencia y su afecto. Solo tuvo un novio después de su divorcio, que no le duró mucho. Siempre la conocí sola, sin parecer que le importara tener un hombre en su vida. Tenía a su hijo, y era todo lo que necesitó para ser feliz. Su hijo era su mejor amigo, alto, no había salido a ella, guapo, amable, buen estudiante. Se le encendía la cara cuando hablaba de su chico, lo único grande en su vida... La envidiaba. Envidiaba su alegría, su calma, su vida monótona, pero que claramente a ella la llenaba por completo.

Sara tenía una vida agitada en América. Batallaba en el trabajo, pues ahora era jefe de departamento, y en consecuencia lidiaba a diario con los celos profesionales, evitando confiar en nadie. Cada día surgían un montón de correos electrónicos por contestar, organizar agendas de reuniones que coordinar, más reuniones, impartir clases, observar clases, corregir, preparar las clases de nivel avanzado, preparar la conferencia anual; estudiantes que entraban en sus horas de oficina buscando consejos, quejas, cartas de recomendación que tenía en un archivo bajo pending. Por si esto no fuera suficiente, estaba pendiente por WhatsApp de lo que estaban haciendo sus hijos, uno en Mallorca y la otra en la Universidad de Texas. Y, además, secretaria de su marido en todo momento. Al ver la

paz en la que vivía sumergida Marina, no podía dejar de cuestionar su decisión de haberse marchado a Estados Unidos. Su vida estaba llena de emociones, como quería, de rompecabezas diarios que debía resolver, le encantaba enseñar, conocer a sus estudiantes, siempre reemplazados en algún momento por nuevos rostros. Pero por otro lado había perdido mucho con su huida. ¿Había valido la pena?

Esto lo pensaba ahora, a su mediana edad, sentada en un bar de la Rambleta que tanto la agobió en su día.

Marina se cortaba. Se cortaba ya desde hacía varios años. Cuando llegaba a casa y había acabado de limpiar los platos del almuerzo, cuando su madre se recostaba con el estupor de la comida, mientras las noticias continuaban en TV3 y su hijo ya se había ido a trabajar, se dirigía a su habitación, al cajón de su cómoda, donde tenía un estuche con la cuchilla. Le encantaba el dolor controlado, la sangre que empezaba a brotar, solo un poco, lo suficiente. Dolor controlado, que aparecía cuando hundía la cuchilla, solo entonces. El sicólogo le había recetado antidepresivos que le producían insomnio por las noches cuando todo el mundo en el piso dormía. Le bajaría la dosis de seis miligramos de Tryptizol a tres miligramos en cuanto disminuyera su urgencia impulsiva en cortarse. Para eso veía a Laura Parra, la terapeuta catalana famosa, a la que iba desde hacía varios años, dos veces al mes. Desde que abortó. No hubiera podido tener un hijo pasados los cuarenta, fruto de una noche de copas de más,

con alguien de quien no se acordaba ni de su nombre, ni qué hacía, ni siquiera cómo había acabado en su cama y mucho menos embarazada. Con su menopausia adelantada, pensaba que ya estaba fuera de peligro de concebir. Y resultó que no.

Se cortaba los muslos que podía esconder con ropa fácilmente. Nadie sabía que a veces, en las noches de insomnio, que eran muchas, sacaba del armario una caja rosada en la que había escondida, entre hojas de papel, una bolsita de raso con una pipa que había usado por muchos años y el paquete de hachís que el marroquí, que vivía al final de la calle, le suplementaba fácilmente. Abría las ventanas para que el olor desapareciera. Fumar porros la calmaba. Sacaba *selfies* de su perfecta sonrisa resultado de la inhalación, mientras se hacía series que colgaba en la red a diario, en Facebook y en Instagram. Le gustaba ver videos de animales, a los que quería como quería a Chuculata, el labrador recostado en su cama que ya no la observaba a estas horas de la noche. Era asidua a las redes sociales, en donde se inmiscuía en sus largas horas en blanco. Imaginaba lo que sería vivir en una gran ciudad en América. Miami, Los Ángeles. Tenía que ser lo máximo. Qué suerte tenía Sara.